

El verano del Subdesarrollo

El verano, entre otras cosas, es época de vacaciones, de descanso, de ocio y distracción.

Dos cosas básicas parece que desea la gente en verano: bañarse al aire libre y salir de la localidad donde habitualmente reside. Y, alrededor de estas dos, giran otras acciones de esparcimiento.

A esta actividad se llama veraneo. Pero no todos pueden realizarla. Los hay que carecen de medios para hacerlo.

¿Es Cuenca una tierra de veraneo? Para responder hay que contemplar dos



vertientes: el veraneo desarrollado aquí y el que los conquenses gozan fuera.

Partamos de la Capital. A simple vista se aprecia que la ciudad de Cuenca ve desaparecer, al aproximarse el verano, a un gran contingente de su población: la masa estudiantil que retorna a sus pueblos. Al tiempo, otros estudiantes o profesionales asentados normalmente en otros puntos, regresan a Cuenca durante estos meses. Y, del resto de la población, unos se quedan y otros salen.

Los que marchan a veranear a otros lares constituyen un apartado por sí mismos. Estos veraneantes conquenses reúnen dos características comunes y primordiales: poseen medios para poder partir hacia otros lugares y les apetece hacerlo. Esta apetencia puede estar motivada porque no les guste pasar el verano en Cuenca o porque desean aprovechar este tiempo de vacación para conocer nuevas tierras. Más bien parece ser ésta última la razón motora que impulsa el viaje de los conquenses: por regla general, a nuestros ciudadanos les gusta su terruño. En consecuencia, si analizamos quiénes son y a dónde van estos “emigrantes” tendremos una visión de la realidad conquense en cuanto al disfrute de esa actividad —un derecho social todavía reivindicado por muchas personas— que es el veraneo fuera de las fronteras propias.

En esta vertiente, de un lado, advertimos el movimiento de los jóvenes, y, de otro, el de las familias. Una parte de aquéllos, a pesar de su escaso bolsillo monetario, consiguen no sólo dedicar su tiempo veraniego a otras zonas españolas sino a otras más allá de nuestras fronteras nacionales, especialmente en países europeos. Las familias que pueden salir, en cambio, salvo raras excepciones, se quedan en territorio nacional, principalmente en algún lugar de la costa levantina. En cualquier caso, la tónica más

frecuente del turismo veraniego que expande Cuenca —y aquí vale decir esto tanto para la ciudad como para la provincia, y ésta en especial— parece ser de mediano o bajo nivel adquisitivo.

Sí, pero...

La otra vertiente la da el *cómo* se veranea en Cuenca.

Como este trabajo no pretende ser exhaustivo, ni mucho menos, puede bastar con señalar un cierto nivel de adecuación entre la oferta y la demanda. En efecto, disponemos de varios elementos que proporcionan un grado hasta cierto punto aceptable de agradabilidad. En primer lugar, y por graciosa donación de la Madre Naturaleza, el paisaje y el clima; siempre bello aquél y muy grato éste en la época estival. En otros tiempos, por ejemplo los de aquella decadente sociedad victoriana, que hiciera de San Sebastián un reducto, a Cuenca le habría bastado también con esos dos factores y, si acaso, un balneario —que lo tuvo en Valdeganga— o algo similar. Por supuesto que tal cosa, hoy día, ya no es suficiente. Y, para compensar el paso del tiempo, disponemos de otros alicientes, debidos ya a la mano impulsora del hombre, que, si bien no constituyen un magnífico ejemplo de iniciativas, cubren el bache. En esta línea se halla la llamada “playa artificial”, con su tramo de Júcar acondicionado para un baño elemental, con su piscina olímpica, la infantil y el bar-restaurante convertible en “baile” o “sala de fiestas al aire libre”. El resto de la hostelería va cubriendo las necesidades: contamos con otra piscina, privada, con pista de tenis aneja y ubicadas ambas en otro bar-restaurante también convertible en “sala de fiestas”; un polideportivo, numerosos

CUENCA ES ÚNICA

Al grito de “¡Cuenca es única!” los conquenses nos hemos sentido tan orgullosos en montón de ocasiones, dando por supuesto que tras esa afirmación se encuentra el reconocimiento de que vivimos en el mejor lugar del mundo.

Según la revista “Ciudadano” (n.º 25, de junio de este año), Cuenca también es única, pero por otras consideraciones.

La citada revista ha preparado un mapa climático de España, de cara al verano, siguiendo más o menos las divisiones geográficas que son habituales: costa cantábrica, costa atlántica, cuenca del Duero, depresión del Guadalquivir, etc., en las cuales ha ido agrupando todas las provincias españolas.

Todas, menos una. He aquí que, según “Ciudadano”, existen diez climas españoles, de los que uno, entero, corresponde a Cuenca, que en la citada clasificación aparece en solitario, con todo el cuadro para nosotros. En el comentario anejo, la revista justifica el hecho del siguiente modo:

“Debido a sus peculiares factores geográficos, Cuenca debe considerarse, de acuerdo a un interés turístico, por separado. A más de 900 metros de altitud, en la cabecera del Júcar, tiene temperaturas suaves en verano, una humedad que ronda el 50 por 100 y muchas horas de sol al día.”

EL BANZO confiesa que no sabe muy bien cómo tomar el asunto. Porque se puede pensar que tal distinción nos pone por encima de todas las demás provincias, al concedernos un carácter peculiar, único, irreplicable, inasociable con ninguna otra. Pero, por otro lado, ¿tan distintos somos, tal carácter de isla tiene nuestra tierra que no se puede relacionar con las próximas?

En fin, ahí está la sentencia de “Ciudadano”: Cuenca es única. A mandar.